

Capítulo 74 - - La Saltamontes de Cristal - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1- 4, actualización 3 de julio]

- Capítulo 74 - - La Saltamontes de Cristal - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, actualización 3 de julio]

Capítulo 74 - - La Saltamontes de Cristal - Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, actualización 3 de julio]

Sebastien

Día 15 del mes 1, viernes, 6:00 p.m.

La elección del restaurante por parte de Ana fue realmente extraordinaria.

Todo en La Saltamontes de Cristal mostraba un sutil lujo, desde los elegantes uniformes de los camareros hasta las hechizos integrados en el suelo que rodeaba las mesas para evitar que las conversaciones fueran escuchadas. Nada ostentoso como filigranas doradas o encantamientos llamativos, solo maderas oscuras y mármol.

En el escenario, una pequeña banda de cuerda y latón acompañaba a una mujer con en otros rostro y cuero cabelludo, de donde brotaban plumas redondeadas y de vivos colores. Ella se balanceaba sobre el escenario, entonando en una voz suave y profunda que lograba llegar igual a todo el local. Sus ojos, cubiertos por pestañas de plumas, estaban cerrados, y su voz vibraba en la piel de Sebastien como un roce sensual y efímero.

— ¿Eso es una sirena? —susurró Sebastien con asombro—. Son tan raras, solo las he oído nombrar, nunca he visto una.

Ana suspiró con aprecio. — Siempre tienen la mejor música. Este es el mejor restaurante después de Los Lirios.

La boca de Alec Gervin se había abierto, y parecía que le resbalaba un poco de saliva por la comisura. El camarero tuvo que advertirle varias veces antes de que retomara la conciencia y los acompañara a su mesa.

Sebastien estaba de buen humor, así que ni siquiera aprovechó para restregarle a Gervin.

Waverly Ascott, por primera vez desde que Sebastien la conocía, no sostenía ningún libro. — Traigan la muestra de postres —ordenó al camarero en cuanto se sentaron—. Suficiente para todos. — Retiró su cabello oscuro, haciéndolo un moño alto como si se preparara para una batalla.

Brinn Setterlund se sentó a su lado, observando con interés el pequeño árbol viviente en el centro de la mesa. Extendió la mano para acariciar una rama, y Sebastien, quizás por imaginación, creyó ver que se movía, devolviéndole una caricia.

— ¿Sin aperitivos ni platos principales? —preguntó el camarero, anotando el pedido de Ascott en un pequeño artefacto parecido a un cuaderno, que enviaría la información directamente a la cocina.

— Si después del surtido de postres todavía no estamos llenos —dijo Ascott—.

— Buena idea —asintió Ana—.

— Traigan también un poco de champán —añadió Rhett Moncrieffe, reclinado medio de lado en su silla, con una sonrisa que desmentía el aburrimiento en su tono—. Acabamos de terminar nuestros exámenes en la Universidad. Esto es una celebración.

— Felicidades, jóvenes maestros —dijo el camarero.

Cuando los postres llegaron, Sebastien exclamó con asombro.

Ana le sonrió. — Lo sé. Es maravilloso.

Cada dulce era una pequeña obra de arte. Había diminutas hadas de caramelo, escarchadas con finas láminas de masa filo casi translúcidas, un dragón hecho de varias clases de chocolate, y duendecillos con alas brillantes de todos los colores que se derretían en la primera caricia de la lengua.

La pieza central eran las saltamontes de cristal en el centro. Estaban hechos de néctar cristalizado que brillaba como gema, brillante y transparente, y se movían como si estuvieran vivos.

Ascott atrapó uno en el aire cuando intentaba saltar fuera de la mesa, torciéndole la cabeza. Lo metió en su boca y cerró los ojos en éxtasis, mientras el dulce encantado se retorció y finalmente se quedaba inmóvil en su mano.

— Saltamontes de cristal —murmuró Sebastien, de repente entendiendo por qué el restaurante llevaba ese nombre.

La boca de Gervin se había abierto en desconcierto. —¿Eso... puede sentir dolor? No quiero comer algo que todavía esté vivo. ¿Dónde están sus órganos?

Damien cruzó los ojos con exasperación. “Es animado, no vivo, Alec. No es diferente a una pieza de tablero de duelo. Un juguete comestible.”

Sebastien observó las demás postres, que parecían no estar animados. “¿Hay otros platos mágicos en el menú?”

“Algunos otros postres animados,” dijo Ana, rompiendo la envoltura del vientre del dragón de chocolate para revelar entrañas diminutas de dulces. “También hay algunos platos con ingredientes mágicos, como la tarta de manzana dorada o el carpaccio de león de hielo. Pero tienes que probar la crema brûlée. ¡La prenden fuego!”

Eso le resultó un poco decepcionante. “¡Podrían hacer mucho más!” exclamó Sebastien, con ideas que rápidamente surgían en su mente. “No sería tan imposible, con una combinación de alquimia y artificería. Los platos podrían impartir efectos llamativos, como hacer que los clientes puedan hacer burbujas con la boca, o crear disfraces temporales que les den orejas de conejo, o lanzar maleficios para que hablen al revés durante unos minutos.”

Ana levantó un hombro en una media encogida. “No es mala idea. Los costos serían bastante elevados, pero eso solo lo hace más exclusivo y deseable. Quizá alguien de la Familia Rouse esté interesado, incluso para subcontratar. Podría entrar en su sector de ‘entretenimiento’.”

Sebastien no pudo evitar pensar en lo que Oliver podría decir acerca de cómo el sistema actual sofocaba la industria y el potencial de crecimiento, pero pronto fue distraída por la llegada del champagne. Lo había probado antes, cuando Ennis estaba haciéndose el simpático con alguien acaudalado, pero nunca algo como lo que ofrecía la Glasshopper. Las burbujas explotaron en su nariz y le hicieron cosquillas hasta que ella, y todos los demás en su mesa, estallaron en risa por la sensación. Sin embargo, tuvo cuidado de no beber demasiado, siempre consciente de que nunca estaba realmente segura.

Comieron, bebieron y charlaron sobre temas sin importancia, y Sebastien se encontró pensando que, aunque eran ricos, con privilegios y a veces snobs, los amigos de Damien no eran completamente horribles. Brinn Setterlund, con su calma silenciosa y su sonrisa pausada, probablemente era su favorito.

Cuando la sirena en el escenario terminó su actuación y un nuevo grupo musical llegó para tomar su lugar, Moncrieffe se acercó a coquetear con ella.

Sebastien se quedó mirando con incredulidad mientras la mujer le entregaba una servilleta de tela, y Moncrieffe regresó a su mesa con un aire algo inestable.

“Esa fue una sirena. ¿Acaba de darte su información de contacto?” preguntó Sebastien, asombrada.

Moncrieffe le sonrió con suficiencia, tocando con orgullo el bolsillo donde llevaba la servilleta. “Su dirección. Estoy invitado a un ‘show privado’.” Hizo un movimiento exagerado con las cejas.

Los demás gimieron con buen humor. “Por favor, ahórrenos los detalles,” dijo Ascott con tono ácido, lanzándole una baya cubierta de crema.

Moncrieffe la atrapó con la boca. Incluso él parecía sorprendido por su destreza, considerando su estado de embriaguez, lo que generó un estallido de risas entre todos.

Tras un rato, con los estómagos llenos y el champagne dejando de burbujear, el ambiente se volvió más sombrío.

“Escuché que otra alumna de nuestro año terminó en la enfermería por una fuerte tensión en su ser,” dijo Brinn suavemente, jugando con los pequeños dedos de Ascott. “Estaba en uno de los otros grupos. Se le ha ido la mente, y los sanadores no son optimistas sobre sus posibilidades de recuperación.”

“Yo también oí eso,” comentó Gervin, con la lengua un poco torpe por el alcohol. “Aún puede alimentarse y usar el orinal cuando se lo indican, aunque está atrapada en sus alucinaciones y no responde a estímulos humanos.”

“¿Cómo sabes eso?” preguntó Damien con voz pensativa.

“Pregunté,” afirmó Gervin, de forma simple.

—Ya ha habido una docena aproximadamente en este trimestre, si sumamos las muertes y las lesiones permanentes y debilitantes —dijo Moncrieffe, con la cabeza en las piernas de Damien mientras intentaba convencerlo de que le rascara el cuero cabelludo—. No se enteran de todos. No es algo que la Universidad quiera publicitar, ya sabes. Supongo que, con el tiempo, uno se vuelve bastante insensible a todo esto. Lo digo porque hay unas jóvenes encantadoras que trabajan en la enfermería.

Brinn tarareó. —¿Crees que nos exigen demasiado?

—Sí —contestó Alec sin dudar.

—Parece que si realmente les preocupara nuestra seguridad —continuó Brinn—, no aumentarían la presión sobre los nuevos estudiantes con esa tasa de fracaso obligatoria del diez por ciento. Es peligroso para todos, no solo para los que están en el fondo de la lista.

Ana utilizaba un cuchillo y restos de postre pegajoso para convertir su servilleta en un pequeño vestido para la única duendecilla esculpida que quedaba. —La magia es peligrosa, pero hay runas en todas partes. Grandes y pequeñas. Hacen mucho para reducir el riesgo que los estudiantes podrían ocasionarse a sí mismos y a los demás.

—¿Por qué esas runas no detuvieron la explosión en la Torre Águila? —se preguntó Sebastien—. ¿Acaso Tanya las dañó deliberadamente antes? Y si fue así, ¿la evidencia de ello habría sido destruida por la explosión alquímica? ¿Qué tan probable es que descubran a Tanya? —Sebastien no estaba segura, en parte porque no conocía lo suficiente sobre el poder de las personas que podrían estar dispuestas a encubirla. Nadie había cuestionado a Sebastien ni a Damien sobre aquel día.

Rhett, todavía apoyado en las piernas de Damien con los ojos cerrados, dijo: —No hay razón para estar tan desesperados por eso. Los estudiantes que fracasan pueden recuperar ese semestre. Sería aún más peligroso si la Universidad los dejara seguir cuando no están aptos para ello.

Sebastien casi se burló. —No todos pueden permitirse repetir un semestre. Muchos de los que probablemente están en el veinte por ciento más bajo son campesinos que deben obtener su certificación de Aprendiz y conseguir un buen trabajo de inmediato, o sus familias serán arruinadas. Incluso tomando solo los cuatro clases mínimos en los tres semestres, el costo absoluto sería de novecientos oros, y eso sin contar un Conducto, los libros y la tutoría necesarios para aprobar la prueba en primer lugar, ni nada más.

Damien, para su sorpresa, negó con la cabeza. —Si esa política fuera realmente para evitar que los estudiantes incompetentes causen demasiado daño, ¿por qué hay más muertes en los semestres superiores?

—La gente se vuelve arrogante —respondió inmediatamente Moncrieffe—. Piensan que son expertos y se confían demasiado. Sería peor si también en los semestres superiores hubiera personas sin una base sólida en la hechicería.

Brinn suspiró. —Quizá. Aunque es triste.

Ascott apretó sus dedos, y ella le sonrió.

—Bueno, ¿cuál sería la alternativa? —preguntó Moncrieffe con una expresión de complacencia y encogimiento de hombros—. ¿No aprender magia?

—Eso sería excesivo, por supuesto —dijo Ana.

—¿No aceptar a quienes estadísticamente tienen más probabilidades de hacerse daño con ella, entonces? —preguntó.

—Gente pobre y menos-educada, quieres decir —dijo Sebastien.

—Exactamente. Todos conocen los riesgos y los aceptan. La Universidad hace lo posible por reducir el peligro.

Sebastien no estaba completamente convencida de eso, pero no iba a discutir con Moncrieffe, quien era aún más obstinado y confiado en sí mismo que el resto de los amigos de Damien.

“Es cierto que los accidentes, así como las muertes, han disminuido considerablemente en los tiempos modernos,” concedió Damien. “Algunas personas, como mi padre, en realidad desean regresar a las antiguas y más duras formas. Piensan que esta ‘suavidad’ está obstaculizando el potencial crecimiento de nuestra nación.”

“Que mueran más de nuestros futuros taumaturgos frenaría el progreso de Lenore,” replicó Ana, fulminando con la mirada el vestido en miniatura que envolvía a la hada del postre.

“Por supuesto que sí,” afirmó Damien con un encogimiento de hombros lleno de impotencia. “Pero buena suerte intentando convencer con lógica a mi padre, o a personas como él.”

“El hombre es un sádico,” espetó Ana, algo demasiado fuerte. Miró a su alrededor, dándose cuenta del error, luego a Damien, quien permaneció en silencio. Cerró los labios como para impedir que se le escaparan más palabras desaforadas.

“Basta de este diálogo pesimista,” dijo Moncrieffe, levantándose del regazo de Damien. “Lo que necesitamos son más bebidas.” Levantó un brazo para llamar al siempre atento camarero.

Damien observó a Sebastien con atención, pero ella no mostró ni compasión ni interés particular por la vida familiar de Damien. Sabía que odiaba que indagaran, como si su vida fuera un chisme jugoso para entretener a los demás. Y, aún menos, deseaba lástima. “Estuviste entre los trescientos primeros en los exámenes de ingreso, ¿verdad?” No necesitaba realmente preguntar. Lo sabía, pues la había oído jactarse varias veces. “¿Crees que lograste mantener ese puesto esta vez?”

Gervin gimió y se volvió hacia el camarero que se acercaba. “Whisky,” ordenó. “Y nada de hablar de calificaciones. No quiero pensar en eso. Si mis puntajes no fueron suficientes... Bueno. Lord Westbay y mi padre son amigos por algo.” Se volvió, con cierta torpeza, hacia Sebastien. “Ese tutor que recomendaste, Newton Moore, es bastante bueno.”

Esperó a que Gervin continuara, pero al parecer eso era todo lo que tenía que decir. “Lo es,” afirmó ella.

Cuando el camarero sirvió el licor, Sebastien incluso se dejó convencer para tomar un solo trago del Whisky del Bienestar de Whiskerton, que —como anunciaban— la hacía sentir como si estuviera siendo sostenida en el regazo de su abuelo, frente a la chimenea, a punto de quedarse dormida con la profunda certeza de que él nunca permitiría que le sucediera algo malo.

Por supuesto, algo malo le ocurrió a ella. Le había ocurrido.

Ahora le tocaba protegerse a sí misma.

Rehusó tomar más whisky, aunque los demás sí, y se deslizó en cambio para verificar la ubicación de Tanya, que estaba justo donde debía estar.

Alec insistió en voz alta en pagar la cuenta de todos, y Sebastien no se quejó demasiado al ver los precios. Solo su parte habría sido de aproximadamente tres coronas de oro. Con esa cantidad, podría haber comido comidas sencillas durante semanas en un pueblo más pequeño.

Al salir, la mayoría de los demás estaban ebrios. “No beban y lancen hechizos,” les recordó. “El alcohol y la magia no se mezclan.”

La cara de Brinn enrojecía, sus ojos estaban vidriosos, y trató de trepar a un árbol a un lado de la calle mientras caminaban de regreso a la Universidad, lo que obligó a que lo bajaran y apartaran.

Ascott murmuró algo en un idioma que Sebastien no entendía, luego sacó una poción estimulante y le obligó a beber parcialmente en la garganta a Brinn. “Te haré orinar,” le advirtió.

“Voy a vaciar a mi dragón,” tartamudeó Brinn con tono tranquilizador. “No te preocupes, sé cómo hacerlo. Lo hago todo el tiempo. Es fácil.” Lo que a los demás les pareció la cosa más divertida que hubieran oído en su vida, por alguna razón.

Sintiendo como una madre con niños pequeños, o como una pastora de un rebaño de gatos, Sebastien los guiaba de regreso a la Universidad.

Tomaron los tubos de transporte que trepaban por los acantilados blancos, y los otros salieron a la cima, riendo y mareados.

Alec había vomitado dentro de uno. “Ups. Umm. Llamen a uno de los sirvientes, parece que he hecho un desastre.” Tropezó al salir, casi evitando caer en el charco de su propio vómito.

Sebastien lo miró con tanta intensidad que, si fuera una maga libre, tal vez lo habría incendiado. “Dale una de esas pociones sobrias, Ascott,” ordenó. Ella observó el mojón repulsivo, preguntándose si conocía algún hechizo para manejar la situación, porque definitivamente no iba a tocar eso con las manos. Sabía un hechizo para hacer que el agua descendiera hacia un círculo marcado en el suelo, pero esa magia servía para secarse rápidamente después de mojarse, no para limpiar un líquido espeso que se desplazaba por el suelo.

Finalmente, sacó un papel de su bolso y escribió una nota disculpándose y solicitando a quienes la encontraran —y al vómito— “Por favor, factúrenle a Alec Gervin los servicios de limpieza y cualquier inconveniente”.

Resoplando todo el tiempo, Sebastien logró que todos regresaran a los dormitorios y, relativamente en silencio, se metieran en la cama. No se molestó en hacer que bebieran agua o más pociones. “Que sus resacas los castiguen en mi lugar,” pensó con cierta vindicta.

Afortunadamente, por lo menos la mitad de sus compañeros aún estaban despiertos, exuberantes por su libertad tras los exámenes parciales, por lo que su grupo no causó demasiados problemas.

El sábado por la mañana, Moncrieffe fue el único, además de Sebastien, que no estaba enfermo ni exhausto, lo cual fue sorprendente considerando que había bebido más que todos.

Con una sonrisa segura, Sebastien recibió una actualización sobre Tanya por parte de Newton, se aseguró de que ella tuviera la lámina ósea para rastrear a la otra chica si intentaba escapar otra vez, y ordenó una poción para aliviar la resaca en la enfermería para Damien, para que pudiera cumplir con su vigilancia mientras Sebastien no estaba.

Pasó todo el día preparando la solución adaptativa de Humphries. Fue un proceso lento, que requería destilar su agua para purificarla, antes de usar esa agua destilada para preparar la poción. Las instrucciones asumían que el fabricante prepararía al menos siete litros a la vez, pero no solo Siobhan era demasiado débil para eso, sino que su caldera no era lo suficientemente grande y tendría que haber pedido una olla grande a la cocina para hacerla, lo cual no era ideal.

En cambio, preparaba en lotes de dos litros. Aproximadamente un litro era una dosis única cuando se usaba como reemplazo de sangre para un adulto. Una pérdida severa de sangre podría requerir más. Esta solución alquímica era aún más intensiva en magia que las pociones de aumento de regeneración, aunque, para ser justos, la dosis también era mucho mayor.

Había esperado hasta casi el momento del ataque para prepararla, tanto porque necesitaba que su Voluntad estuviera lo más fuerte posible, como porque su vida útil era corta. Así, podría todavía tener utilidad aunque no la necesitaran de inmediato.

Terminó el día con un lote de pociones que aumentan la regeneración y regresó a la Universidad. Afortunadamente, Tanya no hizo nada sospechoso mientras Sebastien estuvo ausente.

El domingo, no preparó ninguna poción. Pasó la mayor parte del día en la biblioteca revisando su estudio sobre curaciones de emergencia. Esa noche, consciente de que no podría escabullirse para seguir a Tanya si escapaba, Sebastien consideró entregarle la lámina ósea a Damien.

En cambio, se sentó junto a él en una tranquila esquina de la biblioteca y le dijo: “He oído rumores de violencia en la ciudad esta noche. Una escaramuza entre criminales. Si Tanya se va, déjame encargarme yo. Quizás no sea seguro para ti.”

Damian no quedó nada satisfecho con eso. “¿Qué? No, puedo manejarme, Sebastien. He recibido mucho entrenamiento en duelos. Lo hago mejor que tú en la clase de Fekten.”

“Cuando puedas lanzar tu propio hechizo de protección de amplio espectro, o esquivar lo suficientemente bien para vencer a Rhett en un duelo, podrás ponerte en peligro mortal.”

“¡Vas a salir!”

“No voy a estar en esa parte de la ciudad. Si Tanya se va, quizás ella sí. No eres rival para ella, Damien. Créeme. Un poco más de información no vale el riesgo. Sin embargo, avísame si ella sale. La vigilaré desde lejos.”

Damian frunció el ceño, con evidente rebeldía.

‘Esto es un problema’, se dijo a sí misma. ‘Voy a tener que idear mejores argumentos y excusas si quiero seguir trabajando con él sin que se entere. Es demasiado curioso—demasiado entrometido—para ser solo un buen soldado y seguir instrucciones.’ Al menos, se consolaba pensando que, si él intentara seguirla de otra manera que no fuera la simple vigilancia, o si intentara espiarla con magia, ella lo sabría y podría contrarrestarlo. Sin embargo, debía ser cautelosa con él y prepararse en caso de que su credulidad se desvanezca. ‘Debo arreglar esto cuanto antes, antes de que se convierta en un problema aún mayor.’

“Damien,” dijo, intentando sonar compasiva en lugar de irritada, “¿recuerdas tu promesa?”

La expresión de disgusto se deshizo y se enderezó. “Por supuesto. Prometí mantener silencio, guardar nuestro secreto, sabiendo cuándo hablar y cuándo callar. Prometí ser leal, apoyándonos a nosotros y a nuestros esfuerzos con fidelidad y dedicación, con un corazón sincero y una mano

firme. Prometí mi determinación, perseverar a través de las dificultades y el paso del tiempo, esforzarme por cumplir la causa. Libertad y esclarecimiento. Yo—” Tragó saliva. “Vi más allá del filo del cielo.”

Pronunció las palabras con seriedad, casi con reverencia, pero todo lo que Sebastien pudo pensar, al escucharlas recitadas con un sorprendente recuerdo perfecto, fue: ‘No puedo creer que haya inventado algo tan cursi. Parece sacado de una novela de aventuras barata.’

“¿Cuánto tiempo ha pasado desde que miraste las estrellas y hiciste esa promesa, y ya estás olvidando?”

“¡Yo—yo no olvido! Solo—¡quiero ayudar!”

“No estás listo,” dijo suavemente. “Y tampoco hace falta. Hay otras personas más preparadas y capaces para lidiar con situaciones peligrosas fuera de la Universidad. No necesitas saber sobre esas personas. De hecho, lo mejor es que no lo sepas. Este mundo puede ser más oscuro de lo que imaginas, Damien.” Ella apartó la mirada, sus dedos presionando con demasiada fuerza las patas de madera de su silla.

“Se necesita tiempo, y mucho, para demostrar tu fuerza, tu dedicación y tu competencia,” continuó. “Espero que no me des la razón equivocada respecto a ti. Te advertí que esto sería aburrido. No es una historia. No hay gloria que ganar. Tú y tu trabajo son importantes, pero no tienes derecho a más. Si sentimos que estás socavando la integridad de nuestra misión por avaricia, testarudez o impaciencia, serás apartado.”

Él la miraba con ojos demasiado abiertos, como esperando una respuesta que parecía lejana.

Ella suspiró. “Eso no fue una amenaza. Confía en mí, Damien. Si se te necesita, te llamarán. Hasta entonces, por favor, acepta jugar tu papel. Puede que no sea glamoroso, pero quizás eso se deba a que no comprendes su verdadera importancia.”

La tensión había desaparecido de los hombros de Damien y sus mejillas estaban ligeramente enrojecidas. “Lo siento,” murmuró. “No pondré en riesgo la misión. He vuelto en mí mismo.” Se ajustó la gola de manera nerviosa. “Supongo que estuve actuando un poco como una Petunia, ¿verdad?”

Sebastien lo miró fijamente durante un par de segundos, luego se dio cuenta de que hablaba del personaje de la sobrina de Aberford Thorndyke. En varias historias, la niña obstinada se lanzaba a situaciones peligrosas que estaban más allá de su capacidad y solo causaba más problemas a los demás personajes, quienes luego tenían que rescatarla, arriesgando sus vidas o el objetivo mayor. “Bueno, al menos no eres el Investigador Amherst.”

Damien rodó los ojos con tanta fuerza que su cabeza cayó hacia atrás. “Dame un golpe en la cabeza si alguna vez actúo como él.”

Habiendo conseguido su capricho y estando en un estado de ánimo más conciliador de lo habitual, Sebastien se inclinó hacia un lado. Sacó una pipa invisible de su boca, adoptó una voz aún más

profunda, y dijo: “Amherst, haces una imitación absolutamente fantástica de un gorila cuya madre lo soltó del árbol una vez demasiado, cuando era un bebé.”

Damien abrió la boca sorprendido. “¡Oh, Virgen Radiante! ¿Fue esa una imitación de Thorndyke? ¿La inventaste allí mismo? ¡Fue perfecta! Haz otra, otra más.” Se inclinó hacia adelante, tan ansioso que Sebastien pensó que podría agarrarlo y tratar de sacarle las palabras a golpes.

Ella sacó su reloj del bolsillo del chaleco, fingiendo una expresión de sorpresa. “Oh, ¿ya es esa hora? Realmente debo irme. Perdón, adiós, hasta luego.” Se levantó y salió apresurada de la habitación con un paso casi correr.